

CUANDO SE FUE EL MAESTRO...

(REFLEXIONES A PROPÓSITO DEL MAGISTERIO DE ANDRÉS MANJÓN CON
POEMAS DE FONDO)

Por Remedios Sánchez

*¿Murió? Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas.*

Antonio Machado, “Cuando se fue el maestro” (*A Don Francisco Giner de los Ríos*)

Tengo para mí que las dos figuras que de una manera más rotunda han marcado un modelo de educación verdaderamente comprometido con la realidad para transformarla en la España del siglo XX han sido el malagueño don Francisco Giner de los Ríos y el burgalés afincado en Granada don Andrés Manjón. Por un lado, Giner de los Ríos, basándose en el krausismo alemán, desarrolló la Institución Libre de Enseñanza (ILE) asociada al Museo Pedagógico Nacional o a las Colonias Escolares (y afectando a niveles educativos superiores, con la Junta de Ampliación de Estudios o desde la actividad de la Residencia de Estudiantes) que tuvo una amplísima repercusión, con el apoyo rotundo de la intelectualidad española del momento arrojando el ideario del filósofo y profesor.

Por otro, un Manjón con poco más de cuarenta años, ya residente en Granada y ejerciendo como catedrático en la Facultad de Derecho y sacerdote recién ordenado (desde 1886), viendo a cada instante la lamentable situación del analfabetismo en nuestra ciudad (que superaba el 74%), toma postura creando las Escuelas del Ave María. Se cuenta que el germen para su proyecto estuvo en una escena cotidiana de los más desfavorecidos entre los pobres granadinos de aquel tiempo: una mañana, bajando, como era habitual, desde la Abadía del Sacromonte a su habitual labor en la Facultad de Derecho, escuchó a una mujer (conocida como la “Maestra Migas”) tomar la lección a unas niñas de etnia gitana en una cueva semiderruida. Poco tardó en sumarse Manjón. En 1889 don Andrés se incorporó a esta labor con la primera escuela, mejorando las condiciones y financiando la ampliación a más niñas (hasta alcanzar las trescientas) y, de entonces a hoy, cuando se cumple el centenario de su muerte, el propósito

avemariano —en su arranque, escuelas gratuitas para quien no podía pagarlas que se sustentaban con donaciones— ha ido desarrollándose con la creación de diferentes centros educativos donde, distintas generaciones de docentes se han esforzado por perpetuar el legado del maestro que fue don Andrés: una pedagogía que reivindica la escuela activa en la que los protagonistas del proceso de enseñanza-aprendizaje son los propios alumnos.

En este contexto surge este libro-homenaje de poemas de autores diversos, ciento tres poetas (un centenar, como los años que se cumplen de su desaparición, más los tres editores del volumen) que vienen a insistir una vez más en la importancia de la educación encarnada en las figuras del niño/a y del maestro. Y, al hilo de sus versos, meditaremos en este prólogo introductorio con don Andrés Manjón y su amor por educar, por formar personas libres, capaces de pensar por sí mismas, de interpretar la realidad sin perder la emoción, de fondo.

Evidentemente, tan trascendental tarea —a pesar de lo poco valorada que haya estado a lo largo del tiempo—, supone que, quien ejerce la docencia, como apunta un verso de J. C. Friebe, debiera ser “consciente de gozar un raro privilegio”. Ese privilegio es a mi juicio el de ayudar a crecer en edad y sabiduría limpia. Y me consta que precisamente subyace en esta compilación lírica la manjoniana idea de que a hacer se aprende haciendo, fundada en uno de sus asertos más conocidos: «pedagogía es ciencia y buen sentido práctico». Es verdad, aunque haya “pedantegogos” que crean otra cosa (el vocablo es de don Gregorio Salvador, Vicedirector que fue de la Real Academia Española). Todo ello sin perder de vista la trascendencia de los pequeños detalles, que, como ya atestiguara fray Luis de León, son los que ponen en alboroto la vida: el perfume de una flor, la visión de una montaña nevada, el tacto rugoso del tronco de un árbol, el ácido sabor del limón o el canto de los ruiseñores de la enramada en primavera. Esto el niño lo percibe desde su sensorialidad siempre alerta, pero hay que fortalecerlo y potenciarlo aplicando un magisterio auténtico, implicado en esa formación integral de la persona. Coincido por tanto con Alejandro Pedregosa en que «El niño lo intuye,/ las cosas importantes son/ las que están al alcance de su mano», pero tiene que ponerles nombre despacito, tal y como Carmen Camacho nos hace ver: «Piensa y verás: /tú sientes cosas/ que están por nombrar». Hay que nombrarlo todo, repitió Elena Martín-Vivaldi; pero aprender a nombrar es un proceso previo en el que la realidad, la lírica y la creatividad deben darse la mano en un equilibrio que sólo los (y las) grandes maestros/as son capaces de lograr. «Lo que no tiene nombre se perfila al nombrarlo» aporta en su poema Fernández Benítez y tiene razón. Manjón lo tenía interiorizado como asevera García Hoz al referirse a los rasgos predominantes de la personalidad de don Andrés: «Serenidad, socarronería y lirismo» (1989: 13).

En su primera edad, el niño es, necesariamente, un ser cargado de preguntas (lo afirman Rafael Guillén —«Un niño que me mire preguntándome siempre»— y Olvido Andújar: «Me dieron el hambre de preguntas»); pero conste que, muchas veces, conocen más respuestas de las que suponemos los mayores. Respuestas sorprendentes que atienden a la lógica con mayor rotundidad que las que, en ocasiones, damos los adultos. Y, además, como plantea Inmaculada Pelegrín, «su determinación no entiende de nostalgias». En la infancia, todo futuro («el niño es savia», apunta Noelia Muñoz) todavía sin saberlo, es aún sencillez plena, «nunca la trascendencia», como aclara Reinaldo Jiménez.

Los niños son luces que se encienden al conocimiento con «la mirada limpia, sin trampas ni carbón» —como refiere con perspicacia Ramón Repiso—, «torpemente abrazados al lenguaje», que viene a completar Gerardo Rodríguez Salas. Dispuestos siempre al descubrimiento, a buscar porqués indispensables que, cuando crecemos, en demasiadas ocasiones se nos desdibujan. Da igual lo que les es todavía desconocido porque, como Fernando Valverde avisa a ‘Celia’, «No conoces el mar, ni el barro, ni los árboles, /pero ya eres un bosque por el que pasa un río». Ahí reside la inmensidad del niño, de la infancia, y por eso siempre intentamos volver siquiera un instante: para refugiarnos del frío de lo trascendente. En esto incide José Sarria: «El perfume del aire convoca las primeras inocencias y me hace regresar hasta un lugar en donde aguardan las horas más hermosas, a un patio en el que aprendí el lenguaje del agua y los jazmines». Porque la tarde, lo mismo que el mar, convoca a la añoranza, a recrear lo vivido, la gracia de los días, los juegos, las palabras, el color de los recuerdos, seguir «cantando a la niña eterna que nada» —Carolina Otero—, que salta, que piensa, que llora o que ríe.

Los niños y niñas del Ave María de la Quinta, por ejemplo, esos quinterillos alegres de los que me hablaba la poeta Mariluz Escribano (cuyo padre y cuyos hijos estudiaron en el Ave María¹), son un claro ejemplo de ello cuando en los dos últimos años se han convertido ellos mismos en aprendices de escritor a partir de que su maestro, el poeta Javier Gilabert, haya llevado a otros autores de referencia al aula. Lo mismo sucedió con una iniciativa escribaniana, esta vez en 2016: un monográfico de la revista *EntreRíos*, fundada y dirigida por la polígrafa granadina,

¹ Mariluz era hija de Agustín Escribano, nacido en Pedrosa del Príncipe que gracias a don Andrés Manjón pudo venir becado a Granada. Fue por casualidad: Manjón viajaba con frecuencia su tierra, Sargentos de Lora, y a Agustín, nacido en Pedrosa del Príncipe (también en Burgos) se lo recomendó como alumno ejemplar el sacerdote de Pedrosa; así, vino a estudiar en las escuelas avemarianas hasta convertirse en maestro (luego completó su formación como Licenciado en Geografía e Historia en la UGR y con estudios de Derecho, pero esa es otra historia distinta) y, posteriormente, en Director de la Escuela Normal de Maestros de Granada.

dedicado a la poesía infantil bajo el título ‘Para peques’: lo ilustró el alumnado de Segundo Ciclo de Primaria del Ave María-Casa Madre.

En la niñez, como decía igualmente Mariluz Escribano, las palabras son monedillas de oro invisibles que sólo quien presta atención y tiene los ojos bien abiertos puede atrapar con sus manos pequeñas. Los maestros y maestras verdaderos son los que propician el entusiasmo por aprender, quienes logran evidenciar la realidad a través de los sentidos y sin perder la inocencia. Ahí se enlaza con la poesía, porque el poeta es un adulto que no ha perdido la capacidad prodigiosa para descifrar el mundo desde la ingenuidad de la infancia. O que, al menos, es capaz de rememorarla, como hace Ángeles Mora en el cierre de su poema ‘Adiós muchachos’, que responde muy claramente a esta idea: «Y así pasábamos las tardes,/aprendiendo a aprender/ en un mundo de fábula,/aprendiendo a ser nadie». Creo, como ella, que la poesía es la aspiración a ser la voz de todos los *nadie*, de las personas normales que transitan las calles con prisa para ir a trabajar cuando amanece, pero sin perder —por lo menos en ocasiones— los recuerdos de la edad primera: «Después de tantas puertas has llegado/a la entrada bendita de la infancia» describe Joaquín Pérez Azaústre. Y se complementa con la imagen delicadísima de Diego Vaya: «El trazo entusiasmado por la mano/subiendo en el papel, para llegar/hasta la última letra, donde empieza/la hermosa fábula de creernos únicos:/lo lee y se levanta y ya es su nombre».

Cuatro son las partes que conforman esta obra, pero ya hemos ido esbozando con estas pinceladas el argumentario; los poemas se agrupan en “Mirando hacia afuera”, “Mirando hacia adentro”, “Mirando por los demás” y “Mirando hacia el maestro”, con el claro guiño cómplice a la obra manjoniana *El maestro mirando hacia fuera o de dentro a fuera*, publicada en 1949. Y la clave genérica reside en el discurso del Padre Manjón pronunciado con motivo de la apertura del curso 1896-97 de la Universidad de Granada cuando asevera: «La educación debe ser integral, [...] y no educa bien quien abandona el cuerpo o el alma para cumplir su destino temporal y eterno». Es decir, educar implica conformar una identidad sólida ética y estética, una personalidad que logre que cada cual trascienda su *yo*, sus necesidades propias, para alcanzar a comprender lo que supone el *nosotros*, el bien común alejado del egoísmo individualista que hoy nos oprime y del que hablaba igualmente el filósofo francés Maritain.

En la primera parte, “Mirando hacia afuera”, encontramos los versos de veintidós poetas que focalizan esa mirada en lo que supone la infancia percibida desde la edad adulta. Lo expresan muy bien Rafael Guillén, Ángeles Mora, Alejandro Pedregosa, Inmaculada Pelegrín, J. C. Friebe, Azucena G. Blanco, Joaquín Pérez Azaústre, Carmen Camacho, Reinaldo Jiménez, Noelia Muñoz Soto, Ramón Repiso, Gerardo Rodríguez Salas, Fernando Valverde, Xavier Rodríguez Ruera, José Sarria, Carolina Otero, Francisco J. Márquez, Diego Medina Poveda, Diego Vaya, José María García Linares, Trinidad Gan y Ramón Martínez.

A varios ya los he citado pero quisiera referirme aquí a Francisco J. Márquez, porque no todo en la infancia es blancor y pureza: existe también la dureza de pedernal de unas vidas pequeñas de las que, desgraciadamente, ha tomado posesión el sufrimiento, tal y como se refleja en ‘Una batalla perdida’. En esa misma línea, el poema de Diego Medina pone las palabras exactas al acoso (porque no todos los niños tienen la bondad como rasgo primordial, quede claro): «Tiene partido el labio, y la saliva/le sabe a un mar de sangre. Un compañero/le ha dicho que no es nadie, y nadie hace/nada para romper este silencio». Y, subyacente, la soledad en esta etapa de la vida, la imposibilidad de sentirse parte del grupo, que puede ser tan honda como un mar. Es verdad: «Bajo las estrellas/el mundo es un lugar inhóspito», como comprende García Linares. Lo es, especialmente, para los ‘Niños soldados’ de Mariluz Escribano, para los niños de Gaza, de Trinidad Gan, para los que, como el pequeñuelo sirio de origen kurdo Aylan, a quien Ramón Martínez le dedica su poema, sólo pueden huir tratando de buscar una oportunidad que desgraciadamente acaba demasiadas veces en fracaso, en muerte que inaugura los telediarios pero que al día siguiente ya es olvido. La poesía sirve también, en ocasiones, para tratar de devolvernos la humanidad que hemos ido perdiendo.

La segunda sección, “Mirando hacia adentro”, es una meditación coral sobre la labor docente. Siempre he creído, influenciada por la lectura ininterrumpida de Tadea Fuentes y de la propia Mariluz Escribano en su papel de catedráticas de Didáctica de la Lengua y la Literatura, que la docencia es casi un sacerdocio: alegremente y sin prisas, con la paciencia infinita del orfebre, del alfarero que da forma al barro aún en las condiciones más adversas. Así viene a retratarlo de alguna forma el esplendente ‘Las letras del hambre’ de Teresa Gómez. Continúa Antonio Praena, escudriñando en la pureza («Del barro el labrador, y la maestra/ de tiza.»), o Raquel Lanseros inmortalizando a las excepcionales maestras de la II República en su emblemático ‘Beatriz Orieta, maestra nacional’: «Pasa el invierno lento como pasa un poema./Pasan el frío

andrajoso, la fiebre y el esputo/y toman posesión del blanco cuerpo/igual que las hormigas invadiendo/esas migas de pan abandonadas». Más adelante, Ángel Fernández Benítez o ese recuerdo a ‘La cartilla’ de Rocío Rojas-Marcos; por eso es necesario el compromiso de las leyes con la mejor educación como requieren Sergio Arlandis; también Virgilio Cara, con ‘Antístenes’ y su defensa de lo que implica el esfuerzo, tan devaluado hoy por mor de los errores invariables de un sistema que no responde a las necesidades actuales desde hace muchas décadas. Siguen Rafael Escobar (con ‘Oficio’), Paloma Fernández Gomá con su empeño ético latente, Carmen Canet y sus aforismos, sutiles destellos de inteligencia y Francisco Javier Gallego Dueñas recordando la importancia del *nosotros* antes aludido («Aprendí/ a ser el otro/ y que hay otros y otros»). Sin perder el norte: que, quien enseña, siempre está obligado a «asomarse al brocal de la inocencia», que es en lo que incide Ganivet Zarcos, conquistando al alumnado con Fernando Jaén. Porque a una clase se le conquista con la palabra, con el gesto, con la actitud, toda vez que el docente es un espejo donde mirarse de cuerpo entero, alguien a quien admirar que puede alzar o destruir las ilusiones en un instante. Ahí reside nuestra gran responsabilidad. Y la clave la da Javier Gilabert: «Saber ser niño es parte del oficio,/descubrir el misterio de las cosas,/ponérselo en bandeja». Así lo creo yo también: educar con la inocencia y el amor (Asunción Escribano), el desvelo y los versos (Jesús Cotta Lobato), despreciando las rutinas que abotargan los sentidos como nos recuerda Raúl Pizarro, sin perder jamás la esperanza (Sergio M. Moreno), cuestiones en las que inciden otros textos imprescindibles como los de Carmen Palomo Pinel, Marina Tapia, Custodio Tejada, Rafael Soler, Gerardo Venteo, José Iniesta, Carlos Allende, Blas Muñoz Pizarro y Luis García Montero.

De esta manera llegamos a “Mirando por los demás”, que principia con la trascendencia de nuestros libros primeros, aquellos que nos colmaron de aventuras prodigiosas, que nos dieron a conocer el mundo con la imaginación desbordante de nuestros pocos años; para Antonio Colinas fueron los cuentos de Andersen; para Antònia Vicens, los volúmenes que tuvo en ‘Mi primera librería’; avanzamos con Isabel Rezmó o Heberto de Sysmo abordando nuevamente la importancia de educar desde el amor; prosigue Juan Antonio González Iglesias de quien se ha seleccionado adecuadamente ‘Aikido’: «Está en nuestra memoria desde niños./Los juegos, los poemas,/las tardes traduciendo,/palabra por palabra,/las tragedias, el cruento/latín de historiadores». También Luis Miguel Sanmartín, Rosa Morillas, Elia S. Temporal o Manuel Gahete dejando patente la función de los profesionales de la docencia con su atinado “Don de la palabra”: «Puedo decir ahora,/cuando el dolor parece desolado/y el vacío tan hondo como el miedo,/que me enseñaste todo lo infinito/y solo en este ardor puedo incendiarme». Continúan

Amelina Correa Ramón, Mónica Doña, Rosa Díaz, Rafael Saravia, Manuel Francisco Reina, María Rosal, Sabina Bengoechea defendiendo el rescate de la infancia desde una posición poliédrica porque cada niño es diferente y contempla las circunstancias de maneras muy distintas. Por otro lado encontramos el posicionamiento ético de Tirso Priscilo Vallecillos, crítico con el sistema (con las claves esenciales que sugiere 'Lecciones') que se complementa con Jesús Beades, Jesús Cárdenas, Sandro Luna, Cristina Angélica, José García Obrero, Miguel González Martos o Mario Obrero. Y se cierra el apartado con la ambición por trabajar por un futuro mejor que dejar a los niños de hoy, tan bien expresado en los poemas de José Cabrera Martos, Francisco Silvera, Rosario Troncoso, Mónica Velasco, Julen Carreño, Francisco Domene o Javier Bozalongo.

El volumen termina con "Mirando hacia el maestro", concluyente reivindicación de su labor incansable y callada, de una parte, y explícito homenaje a la figura de Manjón, donde se incorpora Antonio Ballesteros que se refiere a la importancia de «indagar en la esencia»; le siguen Paco Beltrán, Dori Delgado, Pedro García Cueto, A. Ortega, Raúl Alonso, María Ángeles Lonardi, José Miguel Gómez Acosta, Fernando de Villena, José M^a Cotarelo Asturias, José María Higuera, Daniel Cotta Lobato, Macarena Tabacco, Jesús Amaya (que también ha sido maestro avemariano con una rotunda implicación en la educación literaria), Alicia Choin, Isabel Bermejo, Josefina Martos Peregrín o Antonio Caballero. Todos ellos, de una manera u otra, son cómplices con sus versos de los principios elementales de la institución avemariana; y no puedo olvidarme de Pura Fernández Segura con su contundente 'Jaculatoria', ni del salmo de Salinas. Pero quiero cerrar con la luminosa 'Epístola testamentaria de don Andrés Manjón' de José Antonio Sáez, que clausura con dos versos para mí primordiales: «Dejadlos que se asomen al futuro,/porque son la promesa del mañana».

Mariluz Escribano consideraba que «cada niño es una esperanza en la que se deposita la magia de la semilla que fructificará en conocimiento, serenidad ante la vida, curiosidad sabiamente exacerbada por la palabra, regularidad en los horarios, disciplina ante la magia del silencio y la quietud. Los momentos subyugantes de las escuelas tienen que ser constantes, y el maestro un mago que, con la palabra, no sólo convence sino que, además, asombra y estimula». Ahí se resume, creo, todo lo antedicho. Por eso quiero continuar soñando con Manjón, con Giner de los Ríos, con Machado, con Mariluz o con tantos maestros y maestras actuales, con un

magisterio limpio donde canten las pizarras el amor a los abecedarios. Quiero seguir mirando al futuro con ojos de poeta o de niña, con esperanza inasequible al desaliento.

Remedios Sánchez